

III

No obstante, antes de que los bárbaros descendiesen, ya la rosa atravesaba una crisis difícil: su crisis cristiana.

Flor de los dioses, habiendo participado de todas las delicias de la carne pagana, no podía dejar de ser sospechosa a los primeros doctores de la Iglesia, que fijaron, con la nueva doctrina, las nuevas costumbres.

El cristianismo, al principio, fué una religión triste, indigente y desnuda. Sus asambleas se celebraban de noche, en cavernas, en los cementerios, en cubículos de calles oscuras; y los fieles, encogidos en una pobre túnica, con los cabellos desaliñados, sucios por exceso de espiritualismo, venían allí, menos para celebrar las esperanzas del cielo que para gemir sobre los dolores y la maldad de la tierra. En sus banquetes, los famosos ágapes que constantemente celebraban (porque casi todos se reclutaban en las cofradías de los menestrales, donde el banquete común era la más querida de las tradiciones), la melancolía alternaba con la violencia, y se comían el pan y el pez frito, marjar de la plebe en todas las ciudades mediterráneas, entre quejas y desalientos o entre furiosas contiendas teológicas, si hemos de creer las narraciones de San Paulino y de San Cipriano. Hasta el amor con que el nuevo misticismo excitaba la lascivia pagana, era en ellos sombrío y funerario, y casi siempre tenía por lecho las losas de los cementerios. En esta tristeza fundamental, base de la doctrina, no había, realmente, lugar para la rosa alegre de Baco y de Venus. Y, desde luego, ella y sus pétalos y su color y su perfume fueron desterrados de la Iglesia, que surgía así entre lágrimas. Tertulia-

no comenzó por fulminar, con toda la dureza de su latín de Africa, en un amargo folleto intitulado *De Corona*, todos los ramos y guirnaldas, emblemas de placer y de fiesta. Después, San Clemente de Alejandría, en su *Pedagogo*, ataca más directamente a la rosa como la gran afeminadora de las almas. El viejo Prudencio exhibe, como prueba de su virtud, su desdén a las rosas, y felicita por verdaderos y fieles siervos de Dios a aquellos que la destruyan como planta venenosa. Así, la Iglesia se arma toda y lanza la estridente falange de sus dolores contra una débil flor delicada.

Afortunadamente, en esos primeros tiempos conservaba la protección y el cariño absoluto de los Emperadores y de los Pontífices. Era aún la flor del Senado y del pueblo romano. En todas las instituciones civiles y religiosas aun colgaban magníficamente las guirnaldas de Poestum. Mas he ahí que una tarde, junto a Cremona, Constantino, marchando contra Majencio, ve de repente, por encima del sol que declinaba, la cruz, esa famosa cruz, toda de oro, aureolada por la promesa divina, en letras de oro: *In hoc signo vinces*. ¡Tarde fatal para las rosas!... En ella comenzó, realmente, la desbandada de los dioses. En el término de unos cuantos años ya no habrá en Italia un templo, libre y seguro, donde se pueda ofrecer una paloma a Venus... Jesús de Nazaret (o más bien el Jesús del Concilio de Nicea), hasta allí perseguido, errante por las catacumbas y por las tinieblas de los cementerios, está instalado en la *Domus Palatina*, lanza edictos desde dentro del Senado; y sobre el Capitolio negrea una cruz nueva y de hierro. Una mañana, bajo la presidencia de Teodosio, el último refugio de la creencia pagana y del patriotismo romano, el altar de la Vic-

toria, es destruído, entre la inmensa y rencorosa alegría de los obispos, que baten en las losas de mármol con sus báculos, ya duros. En el cielo, lavado de las últimas manchas de ambrosía, triunfan las Virgenes y los Mártires. Y en la tierra, por fin, la postrera ninfa huye de los campos del Lacio, llevando escondida en el seno la última rosa votiva.

IV

Ciertamente, esta crisis fué terrible para la misérrima rosa. Pero otra más decisiva, casi mortal, se acercaba, porque de todas partes la fuerte estructura del Imperio Romano se hundía, y los bárbaros empezaban a penetrar en él. Hasta allí ella era una pobre flor caída, despedida con ignominia de los altares y de las instituciones. Proclamada antaño, personalmente, por Júpiter, en concilio de los dioses, *Reina de las flores* (según afirma Ausonio), había perdido su trono y volvía a entrar en la obscuridad silvestre. Pero, al menos, continuaba pacíficamente floreciendo en los vergeles y en los prados, donde el viejo Céforo, a la tarde, venía fielmente a conversar con ella de los esplendores pasados. Ya los Pontífices no la cogían de madrugada con la hoz de plata, para perfumar y tornar más santas las aras de Afrodita. Ya, en días de triunfo, coronando la frente de un César o de un Paulo Emilio (o incluso de un cochero vencedor en el circo), no participaba de las aclamaciones de Roma. ¡Y nunca más había entrado en la *Domus Palatina!*... Pero vivía colorada y sana (lo cual es mejor para toda flor que tenga una comprensión naturalista y real de la vida), y recibía, como en su edad dichosa, la caricia

de los rocíos, y podía sentir, en los besos largos y lentos del sol, que Febo le era constante y fiel en su amor...

Ahora, sin embargo, la pobre rosa estaba amenazada en su existencia material: en su raíz, en su simiente, en cada uno de sus pétalos, antaño acariciados por los dioses. Los bárbaros descendían innumerables y devastadores. Era como si sucesivas manadas de toros bravos embistiesen furiosamente por las puertas indefensas y abiertas del Palacio de la Civilización. En el mundo, durante tres siglos, no se oyó sino el fragor melancólico de la grande obra grecolatina, desmoronándose a pedazos. Hunos, finlandeses, sicambros, visigodos, suevos, ostrogodos, hordas tras hordas, rodaban del Norte y del Este, y entrechocadas, se arrancaban furiosamente unas a otras los harapos de la sociedad antigua.

¿Quién dirá el incomparable desastre? Pueblos enteros, pacíficos y cultos, desaparecían como hormigueros barridos. Claras ciudades de lujo y de reposo eran sólo montones de cenizas humeando. De los campos tan sabiamente cultivados por los preceptos de Varrón y Columela, quedaban sólo lodazales donde aullaban los perros hambrientos. Todo el saber, todo el arte, yacían apagados, pisoteados, como tallos bajo pies brutales. En la inmensidad del desastre, ¿dónde iban las pobres rosas? Si la hierba de Galia, tan vivaz y dura, secábase bajo las pezuñas de la yegua de Atila, ¿cómo podrían resistir las rosas? Al cabo de trescientos años no quedaba un jardín en toda Italia. ¿Cómo se conservarían jardines si ya ni existían mieses?... En cada cincuenta años había cuarenta de hambre. Hambre tan terrible, que se comía carne humana. Y a través de esta inmensa desgracia del mundo, que de

E Ç A D E Q U E I R O Z

fijo iba a acabar, por los valles asolados, en largas filas, con las lanzas en alto, con las hembras fuertes y blancas apiñadas en los carros estridentes, con los músculos palpitando; hirsutos, fétidos, con los harapos ensangrentados, pasaban y volvían a pasar los Bárbaros...

V

Pasando así y volviendo a pasar por los valles, los bárbaros divisaban siempre en las alturas, macizas y tristes murallas dominadas por una cruz. Eran los monasterios. Al principio subían al monte y derribaban las puertas a hachazos. Después, convertidos, se arrodillaban en las losas para tocar las reliquias santas. Dentro de esos muros, asaltados o traspuestos con reverencia y temor, encontraban silenciosas galerías con arcos, hombres con la pálida faz sumida en la capucha, trazando líneas sobre pergaminos; una capilla obscura, y al fondo, más allá del pozo, un huerto donde se erguía, entre hierbas aromáticas o medicinales, un arbusto cubierto de flores rojas que los bárbaros no conocían.

Era la rosa; la rosa grecorromana, que en el vasto desastre encontraba entre los monjes un refugio seguro y quieto. Allí estaba escondida en la clausura— como los otros restos de la gran civilización destruída—; esos rollos de pergamino, que los monjes releían y copiaban pensativamente. Así se habían salvado las glorias y las gracias de la sociedad antigua, y la rosa sobrevivió por cuidados de la Iglesia, junto con Horacio, que la había cantado.

Los jefes bárbaros respiraban con delicia aquella flor singular. Y cuando calmada, como una última

NOTAS CONTEMPORANEAS

oleada, la última invasión, la barbarie tendió a la estabilidad, y se edificaron burgos y los jefes comenzaron a levantar en las cumbres, al lado o enfrente de los monasterios, sus fuertes castillos, no se olvidaron de ir a buscar al huerto monástico la flor de lindo color y de rico aroma que les maravillaba. Fueron los jefes merovingios, en su admiración por la vida romana, los que primeramente trazaron y cultivaron el nuevo jardín feudal. Y ya el poeta Fortunato, en el siglo VI, celebra los rosales de la Reina de Austrasia, cubiertos en mayo de rosas, "¡que embalsamaban como si viniesen del Paraíso!..." Por fin, Carlo Magno desciende a Italia, entra en Roma, recibe allí la revelación de las artes, de los palacios, de las magnificencias y delicadezas de la vida...

Sus residencias de Ingelheim y de Aix-la-Chapelle son, por orden suya, adornadas de pórticos, de viñedos, de jardines. Y en su entusiasmo, el gran Emperador de la barba florida (1) termina una *capitular* decretando el cultivo de la rosa...

¡He ahí, pues, la rosa penetrando en el mundo feudal, bajo el patrocinio del gran Emperador de Occi-

(1) Eça de Queiroz tiene aquí una evocación de aquel verso inmortal de Víctor Hugo—con su apelativo justo, a la manera homérica:

*Charlemagne, Empereur à la barbe fleurie...
revient d'Espagne!...*

(LA LEGENDE DES SIECLES, X; Aymerillot.)

Verso que recordó nuestro gran poeta Rubén Darío, aplicándolo al mismo Hugo:

Y esto pasó en el reinado de Hugo,
Emperador de la barba florida.

Nota del Traductor.

dente!... Su carrera vuelve a iniciarse con gloria renaciente. Ya cada morada señorial, aun dentro de las ciudades, tiene bellos macizos de rosas. Es la flor de la nobleza, como lo será de la realeza cuando Luis XI (que, sin embargo, no pasa por muy sensible a las gracias de la Naturaleza) manda emisarios por todas partes a buscar rosas y capullos, *querir des roses et des boutons*... Los grandes señores que daban entonces la pauta de la moda; un Thibaldo, Conde de Champagne; un Renato d'Anjou, cercan sus castillos de densas florestas de rosas. Las damas, sobre todo, adoran la flor nueva. Y en "el vergel", entre los rosales, se deslizan todos los amores de la Edad Media. Y para que su existencia sea protegida por cariñosos cuidados de cultivo, el gran maestro de las ciencias, el ilustre Alberto Magno, compone un tratado sobre las rosas.

Como "las rosas sirven para mucho", según cantaba ya Hesiodo, en breve las señoras y las ayas las cogían a brazadas en los jardines, para alfombrar los manteles nupciales y ornar las mesas festivas. La rosa recomienza, en realidad, su alegre vida romana, y podría pensar que los bárbaros habían sido sólo un sueño y que se encontraba aún en casa de Mecenas o de Lúculo, si en torno no fuesen tan incultas y rudas las barbas y los modales, las conversaciones y los gruesos pedazos de carne.

Pero, al menos, el amor a las rosas es ya tan vivo y sincero como en Roma. En ramillete, en guirnalda, solitaria o deshojada, adereza y perfuma toda la vida gótica. Cuando después de siete siglos de porquería la Humanidad comienza de nuevo a bañarse, y en los castillos se establece, como costumbre gentil y prudente, ofrecer un baño a los huéspedes que llegan en polvorienta y ruidosa cabalgata, deshójanse en las ba-

ñeras, sobre el agua, rosas rojas y blancas. Otra moda que se generaliza es la de los *sombreros de rosas*, verdaderos turbantes hechos de rosas, con que se cubren las damas en los bailes, los trovadores en los torneos, los mensajeros de buenas nuevas, todos los campesinos en el primer día de mayo. En los banquetes reales, el Condestable servía al Rey de Francia coronado de rosas. En las danzas de los siglos XII y XIII, las parejas traen en la mano ramos de rosas, que truecan al compás de las dulzainas y flautas. Uno de los tributos feudales más celosamente exigido era el de las rosas, que los solariegos y los colonos debían traer, cada semana de verano, al burgo del castillo, en cestos que desbordaban... Muchos hidalgos, que pagaban foros por tierras pertenecientes a los conventos de monjas, pagaban por foro de San Juan coronas y ramilletes de rosas. En los torneos, la rosa era tan esencial como la lanza; con ella se adornaban los estrados de las damas; con ella se coronaban los yelmos de los vencedores. En la Provenza y en España había hasta los famosos *torneos de rosas*; galantes combates en que damas y caballeros se arrojaban mutuamente, con ternura y brío, pesados ramos de rosas. Hasta en la vida política y forense se instaló la flor bienamada. Una antigua costumbre, conservada hasta el siglo XVI, obligaba a los duques y pares de Francia a ofrecer, en primero de mayo, al Parlamento de París, un gran ramo de rosas en una salvilla de plata. Este homenaje, llamado *Baillée des roses*, era el emblema de la soberanía jurídica del Parlamento. ¿Qué más he de decir?... La rosa había conquistado a los bárbaros; y ahora, cuando ellos iban constituyendo una civilización suya, laboriosamente, con los destrozos del pasado, por todas partes la perfumaban de rosas.

VI

¿Contaré aún su entrada triunfal en la Iglesia, de donde había sido excluida como pagana, por Clemente y Tertuliano, y donde ahora alfombra los altares, invade las procesiones, domina el ritual, da su nombre a las fiestas más santas y se torna tan dogmática, que en Roma, en la fiesta de la Ascensión, sus pétalos, deshojados desde lo alto de la iglesia de Santa María *della Rotonda*, por las manos del Papa, representaban los dones del Espíritu Santo?...

¿Contaré su ascensión al cielo?... Porque, consumando su apoteosis, la rosa entra en el cielo cristiano. Flor de origen esencialmente divino, como probó científicamente el autor de las *Geopónicas*, no puede dejar de ser adoptada por todos los dioses que se suceden en las alturas; y es acogida por María y Jesús tan benévolutamente, como lo fué antaño por Ceres y Apolo. Más aún: la religión nueva reclama para sí, en oposición a la religión antigua, el privilegio honroso de haber dado a la rosa lo que tiene de más bello: su aroma y su color. San Ambrosio, el gran San Ambrosio, es quien asegura, en su *Comentario a los Salmos*, que la rosa es roja de color porque sobre ella ha caído la propia sangre del Señor. No es, pues, la sangre de Venus, en Siria, la que volvió rojas las rosas. ¡Es la sangre de Jesús, fluyendo desde el Calvario sobre el mundo!...

San Bernardo es aún más afirmativo, más decisivo. El sublime monje de Claraval sustenta (y nadie más profundamente que él penetró en los secretos del cielo) que *las rosas son llagas de Jesús*. "Contemplad (exclama en una de sus *Homilias sobre el Evangelio*) ese

brillo y color de púrpura de las rosas. ¿A qué puede ser debido, sino a haber caído sobre ellas la sangre del Señor? ¡Mirad! ¡Cuántas son las llagas en el divino cuerpo, tantas son las rosas!... En sus pies, en sus manos traspasados, ¿no veis rosas que se abren? Pero la rosa mayor está en la llaga de su corazón..."

Y sin embargo, si la rosa es así, al principio, la flor de Jesús no tardará en pertenecer de preferencia (como en el Olimpo) a lo que el cielo católico posee de más delicado, de más dulce, de más amante: a la Virgen María. Así antaño había acabado por ser la flor privativa de Venus. Desde la Edad Media hasta el Renacimiento, todos los místicos van poco a poco separando la rosa de Jesús, para consagrarla toda a María. Desde el siglo XIV, la rosa es el adorno esencial de la Reina de los Angeles. María no tiene entonces compañera más fiel ni emblema más radiante. Cuando se muestra a los hombres, las rosas nacen bajo sus pies.

Ya no son estrellas, sino rosas, las que la adornan. Al subir al cielo, dejó su sepulcro lleno de rosas; y Ella es verdaderamente la rosa que renace de la muerte.

Ya hasta la flor de la tierra y la Reina del Cielo se confunden a los ojos extáticos de los devotos. La Virgen nace del cáliz de la rosa, y de ella recibe todas sus virtudes. Ella es rosa sin espinas; ella es la rosa de todas las rosas. Y en breve, la Iglesia, determinando definitivamente la esencia de la Virgen, la proclamó *¡Rosa Mística!*...

He ahí, pues, la rosa convertida en diosa, colocada en el altar. Y después de una gloria tal y de una tan suprema apoteosis, ¿qué más decir de esta flor y de su prodigiosa carrera? ¡Nacida en capullo de los pies

de Venus, hela ahí floreciendo en el seno de María!
Su historia magnífica va de un cielo a otro cielo.

Flor de maravilla, embellece el amor, consuela la muerte. Con ella se coronan los que triunfan en la guerra y los que triunfan en el arte. Los Césares la declaran flor del Estado, y los Papas, flor de la Iglesia. Toda fiesta humana es incompleta sin su fragancia. Ningún genio pasó sobre la tierra, desde Homero hasta Hugo, sin cantarla con reverencia. Los prodigios y milagros sólo se operan verdaderamente por ella, desde los de Apolo hasta los de San Francisco de Asís. Cada dios que se apodera del cielo, la reclama en seguida, le comunica su divinidad y a través de ella se humaniza. Y del Oriente al Occidente, todas las civilizaciones, unas después de otras, proclaman y se transmiten el gran culto de la rosa... ¡Flor de maravilla!...

¡Y flor profundamente intrigante y astuta! Ya en el día Primero de Mayo, que se va convirtiendo en el gran festival del proletariado, veo la rosa quieta y contenta en las callosas manos de los obreros en huelga (1). En los jardincillos de los mineros, en Inglaterra y en Francia, ya florece siempre, entre las democráticas coles, un fragmento de rosal pomposo y prometedor. En todos los *meetings*, en las huelgas, es usual que la rosa adorne la chaqueta de los jefes, o aparezca, bordada, y ya con la autoridad de un em-

(1) En este caso, la frase portuguesa *em folga* la transcribo con su sentido literal; pero advirtiendo que Eça de Queiroz quiere referirse a la procesión cívica de los obreros que huelgan en el 1.º de mayo, pues para indicar *huelga* en el sentido de reclamación y reivindicación violenta del proletariado, los portugueses tienen, traída del francés a su idioma, la palabra *grève*, que en líneas más adelante usa nuestro autor.—*N. del T.*

blema, en las banderas de las asociaciones... Estoy previendo que esta hábil e intrigante flor que fué sucesivamente helénica, pagana, imperial, feudal, católica y mística; que, captándoles el amor, compartió el poder de los Héroe, de los Senados, de los Césares, de los Barones, de los Papas, de los Santos; que se identificó arteramente con Venus, cuando era Venus la que en su cinturón encerraba el mundo entero; y se identificó luego con la Virgen María, cuando a su vez fué la Virgen la que posó sus plantas sobre el orbe; anda realizando su lenta conversión, y poco a poco se insinúa y se entreteje en el nuevo y tremendo poder que se levanta, y toda ella se prepara y se enrojece y se perfuma para ser, oficial y ritualmente, *la flor del socialismo*.

1893.